

Notas

LA INCOMPARABLE EXISTENCIA DE DON MARCO FIDEL SUAREZ

Por el Excmo. Señor Tulio Botero Salazar

Nos reunimos hoy, carísimos hijos, para dar cumplimiento al decreto arzobispal del día 20 de junio de 1967, que ordena, como número sobresaliente de la celebración del centenario de la Arquidiócesis de Medellín, la restauración de este antiguo templo parroquial de Bello, junto con la pila bautismal, en la cual recibió el sacramento de la regeneración cristiana, el insigne Marco Fidel Suárez, gloria y preza de la Iglesia y de la Patria.

La Academia Colombiana de Historia Eclesiástica tuvo la feliz iniciativa; uno de sus miembros, el arquitecto Gonzalo Restrepo Alvarez, le ha consagrado su ciencia, su tenacidad y su trabajo generoso; la honorable asamblea departamental ha aplaudido el proyecto y vosotros todos, para quienes este templo es tan caro, porque fue el crisol en que se forjó el alma de este pueblo religioso y trabajador, celebráis con júbilo la remodelación del recinto sagrado, que escuchó las oraciones de vuestros antepasados, supo de su fe, fue testigo de sus penas y alegrías, los recibió en el seno de la Iglesia y los despidió cuando Dios los llamó a su reino.

Esta restauración es un acto de justicia y de reconocimiento de la grandeza de uno de los varones más preclaros de Antioquia y de Colombia, y del más ilustre hijo de esta ciudad. Aquí, en esta primitiva iglesia parroquial de Hatoviejo, el hijo de la pobre lavandera se convirtió en hijo de Dios; el que humanamente no tuvo cuna gloriosa, ni abolengo de hidalgo, se incorporó, por obra de la gracia, al linaje divino; el desheredado de los hombres, se trocó en heredero del cielo. Aquí Marco Fidel Suárez balbució las primeras oraciones y humildemente ataviado, recibió la Primera Comunión; aquí, templó su alma quien fue, según la frase afortunada de un arzobispo de Bogotá: "formidable paladín triunfador de tantas luchas azarosas y preclaro defensor de los intereses del país".

Qué diferentes son los caminos de Dios, de los caminos de los hombres. Para éstos, sólo cuentan la distinción de la cuna, la aristocracia de la familia, los blasones de los apellidos. Pero Dios, que quiso que su Hijo naciera en un pesebre, y fuera llamado "el hijo del artesano", se complace en exaltar a los humildes, y en revelar a los pequeños sus misterios insondables. Quién habría podido sospechar entonces, que ese niño que nació el 23 de abril de 1855, hace hoy 114 años, en esa choza desmantelada, que vosotros guardáis como un tesoro, habría de

ocupar un día la casa de los presidentes, y ser la figura dominante de capítulos muy honrosos de la historia patria? Quién habría podido predecir que quien se asemejó a Cristo en la oscuridad de su nacimiento, sería también, como El, levantado en alto y llegar hasta el solio de Bolívar? Quién, finalmente habría osado en ese día, interrogar, como los amigos que congratulaban a Zacarías y a Isabel por el nacimiento de Juan Bautista: "Qué vendrá a ser de este niño?" (San Lucas I, 66).

La vida de Marco Fidel Suárez, es uno de los casos más estupendos y ejemplares que registra la historia. Se enmarca dentro del paréntesis que se abre en una choza en que escasean el pan y el abrigo, y en donde sólo la madre y el hijo comparten la miseria y el desprecio social, y se cierra en el palacio presidencial, en donde, no obstante los títulos y honores, el hijo continúa la vida y hábitos del trabajador provinciano, y la madre es todavía la humilde lavandera de Hatoviejo.

La incomparable existencia de Marco Fidel Suárez, que en su género, es el valor más admirable de Colombia, descansa en estos tres pilares:

Amor y sumisión a la Iglesia. Amor a la Patria. Amor a las letras.

El amor y la sumisión a la Iglesia no son en Marco Fidel Suárez actos pasajeros. Su vida entera, sus obras, sus palabras son a todas horas una expresión de su religiosidad. Quienes tuvieron el privilegio de conocerlo, debieron repetir espontáneamente las palabras del Evangelio: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay dolo" (San Juan I, 47).

El secreto de su vida cristiana se halla en la formación que recibió en el Seminario de Medellín. Es él mismo quien lo testifica en las palabras, que dirigió al rector, en su visita al plantel, cuando era presidente de la república: "Yo estudié ciencias eclesiásticas en este Seminario, y reconozco que a ellas debo la fijeza de mis principios. Si algo necesario hay en la vida, es esa fijeza que modela el carácter del hombre y la fisonomía de su alma; que le evita las vacilaciones traidoras al deber y que en las oscuridades de la existencia lo ilumina. Yo reconozco que sin esas enseñanzas, no habría podido obrar consecuente y honradamente en ciertas ocasiones, así como comprendo que sin ellas, no habrían tenido razón de ser mis sentimientos de hombre, que desea el bien común y lo busca honradamente" (Febrero 13 de 1921).

El temple religioso del alma del Señor Suárez se manifiesta en la oración: que recitaba frecuentemente, mientras llevaba sobre sus hombros el peso del gobierno: "No permitáis, Dios mío, que vuestra causa perezca en manos mías ni en manos de nadie; y si para esto es necesario que yo padezca quebrantos, deshonras, enfermedades y muerte yo me consideraré dichoso y bendeciré vuestra voluntad" (Carta al Arzobispo de Bogotá, noviembre 7 de 1921). De la misma manera, en el discurso con que dio respuesta al del Arzobispo Primado, dijo glosando a San Pablo: "Puedo decir que tras largos años he guardado mi fe, y guardado también las racionales consecuencias de esa fe, que no cambian las vicisitudes y se fortalece en el dolor. No podré decir todavía que mi certamen ha sido bueno, pues aún está pendiente; no podré decir que haya consumado mi carrera, pues hoy mismo la prosigo en presencia de Dios y de mis conciudadanos... Manténganse puros y arraigados los principios que me infundió el Seminario, con lo cual tendré gran probabilidad de no merecer que a las generaciones venideras, se les prohíba mencionar mi nombre" (Febrero de 1919).

Notas

Aunque el deseo del Señor Suárez fue siempre vivir ignorado, sin que la prensa se ocupara de su nombre y dedicado al estudio y a la meditación, sin embargo, acuciado por la insistencia del Arzobispo de Bogotá, que le instaba a emplear en beneficio de la Patria y de la Iglesia, los talentos que el Señor le había confiado, fue representante a la Cámara, senador, dos veces Ministro de Relaciones Exteriores, dos veces Ministro de Instrucción Pública, Ministro de Hacienda, Consejero de Estado, Designado y Presidente de la República.

Marco Fidel Suárez no fue un presidente más en la lista de quienes en Colombia han llegado a esa posición; fue el paradigma del auténtico gobernante cristiano. Por ello San Pío X lo llamó "adalid de Cristo" y Benedicto XV lo condecoró con la Medalla de Oro y con la Orden Piana. Este mismo Pontífice se expresó así, sobre el Señor Suárez: "El presidente de Colombia es el gobernante que más consuelos nos proporciona. Su conducta ejemplar, sus virtudes cívicas y domésticas, lo elevan a grande altura; pero su valor y espontaneidad en confesar a Cristo ante los hombres, y su profundo desprecio por los respetos humanos, le dan un mérito excepcional. Los buenos católicos de Colombia, deben estar ufanos de poseer tan digno presidente..." (Entrevista con Monseñor Pedro Adán Brioschi).

Críticos autorizados han dado ya su fallo definitivo sobre la obra del Señor Suárez. Baste recordar el juicio de Don Juan de Valera: "El Cervantes moderno lo tienen ustedes en Colombia y se llama Marco Fidel Suárez".

"Los Sueños de Luciano Pulgar" son un monumento de sabiduría, por el fondo, el sentido cristiano y la forma brillante, correcta y armoniosa. La "Oración a Jusecristo", pronunciada en el primer Congreso Eucarístico Nacional, es su obra cumbre. "Piedra milenaria, dice Gonzalo Restrepo Jaramillo, de esas que rara vez aparecen en el camino de la literatura universal, ese discurso compendia con las galas todas de la maravillosa lengua castellana, los tesoros de la filosofía católica... Para producir esa obra maestra, fueron precisas toda una vida consagrada al cristianismo, y una inteligencia dedicada al estudio de las fuentes clásicas" (Artículo necrológico, abril 5 de 1927).

En esta Oración se han condensado muchos años de meditación; en ella ha traído Marco Fidel Suárez, según el concepto de Antonio Gómez Restrepo, todas las preases de su estilo, todas las preciosidades de su erudición, todas las delicadezas de su ingenio, para presentarlas a los pies de Jesucristo, y así como las repúblicas de Chile y Argentina, colocaron la imagen del Salvador, en lo alto de los Andes, así también nuestro insigne hombre de estado, colocó la efigie de Jesucristo sobre la cumbre de la literatura patria (Citado por el Presbítero Roberto Jaramillo en "Sueños de Luciano Pulgar", Revista Universidad de Antioquia, Nos. 46 y 47, junio y julio de 1941).

Se dice que cuando Marco Fidel Suárez, apesadumbrado por la muerte de su hijo en los Estados Unidos, atalayaba desde la azotea el horizonte, llamó a un astrónomo y le entregó un telescopio, diciendo: "Búsqueme en esta esfera la estrella cuya lumbre caiga perpendicular sobre la tumba de mi proscrito". Así nosotros ahora, miremos al cielo y veremos cómo una estrella, la del mejor hijo de esta tierra privilegiada, arroja perpendicularmente su luz sobre esta choza que le vio nacer como hijo del hombre, y sobre esta iglesia, que le vio nacer como hijo de Dios.

DAVID CORDOBA MEDINA

Por Miguel Moreno Jaramillo

David Córdoba Medina fue graduado en derecho y ciencias políticas por la Universidad de Antioquia, hace cincuenta años. Es doctor muy docto, señor de mucho señorío y jurista digno de aparearse con los mejores. Tranquilo de condición, jamás se envanece y pavonea, jamás pretende deslumbrar y no se hace autotombo en jamás de los jamases. Expone en lenguaje ceñido a los preceptos y su estilo es sobrio como si hubiera estudiado con Tácito o con Julio César. Pero, ya caigo!, se formó leyendo nuestro código civil, obra clásica de literatura castellana. Ahí adquirió ese lenguaje tan ajustado y ese estilo tan sencillo y diáfano. Cuando aún sin título universitario, hacía en mi bufete su práctica forense, nos resultó adverso un auto judicial y convinimos en que él pidiera su revocación. La pidió así, o más o menos así: "Señor magistrado: Artículos... y... del C. C. Servios revocar. Señor Magistrado". Y qué? Pues que el alto funcionario revocó. Me parece imposible hallar una petición tan lacónica si no es registrando los archivos judiciales de la mismísima Laconia.

Aunque ha brillado en la administración de justicia, en la abogacía y en las aulas, tomo para este breve perfil unas facetas no más de tan fúlgido poliedro y deseo ver a alguno de sus alumnos formando en forma una verdadera semblanza del eximio jurisperito.

Córdoba ha creído que no sabe escribir. Alguna vez le hice un elogio de su estilo y se quedó asombrado. Escritor él? Lástima que esté casi inédito. Recuerdo algunos de sus escritos: el estudio de la ley sobre régimen patrimonial en el matrimonio, los comentarios al Código de Arbeláez y su defensa de la letra de cambio que manda pagar en cheques una cantidad de dinero. En esta exposición puso la gramática y la retórica al servicio del derecho, merced al análisis de la preposición *En* y de la figura denominada *Metonimia*, todo lo cual hizo con donaire y sutileza. También conozco un mensaje gratulatorio suyo, bella página que compararía con honor en un libro de analectas. Saber, sabe escribir.

Como discurriendo en el campo teórico, es ingenioso y sutil hasta no más, sabe afilar su discurso con tales perspicacias y agudezas, que cuando en conversaciones amistosas, mano a mano, quiero defenderme de tan hábil ergotista, le observo en broma con fingido aire burlón: "Travesuras jurídicas de José David". El se lo goza y se lo ríe. Hombre benévolo, inteligente y probo.

Cita muy a menudo a Pitágoras y nunca se acuerda de Papiniano. La afición a los números y a los deportes que exigen exactitud y destreza, habrá contribuido a despertar su agilidad mental.

Es modesto y sin embargo, no adhiere ciegamente al parecer de otro legista, nacional o extranjero, así sea el as de los ases en Alemania o Francia. Córdoba sigue el consejo del cordobés Séneca: ser fuerte por sí mismo, tener ideas de su propia cosecha, hablar y no citar. Córdoba no sigue al hilo de ningún colega. En su clase bolivariana, fiel a sus principios, dijo un día que no le creyeran a él ni a la Corte Suprema de Justicia ni a los autores extranjeros o nacionales, y como alguno de sus discípulos le preguntara por tenderle una red, a causa de ser notoria nuestra amistad muy afectuosa, sí tampoco a Moreno Jaramillo le creyeran, él replicó sin vacilar: "Tampoco".

Pensando en esta actitud de David frente a quienes comentan la ley, recuerdo la satirilla de José Cadalso contra los que, por comentarla indoctamente,

llegan a desfigurarla y a agraviarla. Dice este autor que se nubla la justicia a medida que se multiplican los autores de jurisprudencia, por lo cual le parece cada nuevo escritor de leyes como el infractor de ellas y tanto delito comentarlas como quebrantarlas.

Profesa Córdoba la ciencia del derecho y ejerce el arte educador. Sabe lo que enseña y sabe enseñar lo que sabe. Su clase de código civil en nuestras dos más antiguas universidades, Antioquia y Bolívariana, goza de fama de eficaz. El coordina y relaciona, une y desune, asocia y disocia. Todo ello sin prurito magistral. Sus ejemplos, muy adecuados y muy joviales, han hecho carrera en las áulas. Con ellos —“lego a Pedrito”, “sueldo de la maestra” y así por el estilo— desenreda enredados problemas sobre donaciones e imputaciones, representación y transmisión y acrecimiento, sobre cuanto ofusca al más despabilado de sus escolares.

Fuí su presidente de tesis hace medio siglo, cuando él era un adolescente, y en mi informe sobre su monografía de doctorando, dije así: “Yo la he leído con delectación y con provecho y he visto confirmados en ella los conceptos que de tiempo atrás emito sobre la persona del autor, a quien considero, sin exageración y sin lisonja, como uno de los mejores juristas de Antioquia”. Después de tan largos años digo y redigo lo ya dicho.

En su examen final de grado, el 21 de febrero de 1919, obtuvo por aclamación la nota máxima de 5.

ELIAS ZAPATA

Por Olga Elena Mattei de Arosemena

“Basta un centímetro” —decía Elías— “un centímetro es capaz de demarcar toda la diferencia”.

No era el arquitecto el que hablaba. No se trataba de volúmenes arquitectónicos, cuyas formas y proporciones amaba y manejaba con alma de artista. Se refería a medidas humanas. Pero tampoco a las anatómicas, que todas algunas veces hemos querido obtener u ostentar. Elías conocía las medidas de la “persona”.

En privado, era un humanista, un pensador, un psicólogo. Sus reflexiones acerca de la humanidad y los valores que el hombre acoge a través de la civilización, eran toda una teoría psicosociológica.

Nunca olvidaré aquella vivencia intelectual de que gocé escuchándolo una vez en casa.

Era el mediodía. Vino por un perrito cachorro. Pasó a recogerlo... cuestión de diez minutos. Un tinto...? “Bueno”... Se sentó, largo pero recogido, volcado sobre sus propias palabras... “El progreso lleva a la humanidad hacia un ciclo que culminará felizmente. Por qué tanto pesimismo? Yo creo en el hombre. El jamás cometerá el error supremo. Las comunidades son conscientes del peligro, y lo evitarán. La inteligencia humana es tan fabulosa que terminará por alcanzar el bienestar universal, y seremos capaces de sobrevivir para disfrutarlo. Es absurdo que el hombre joven se deje afectar tan profunda y existencialmente por la angustia del temor a una catástrofe bélica de características cataclísmicas atómicas, y que infiera la mente colectiva hasta el punto de establecer una psicosis masiva. Yo no acepto eso. Yo creo en el hombre! —lo repetía—, el hombre superará esta crisis y se salvará...” (y después me enteré de que Elías ya sabía...).

No, nunca, olvidaré su mística, sus ideas, las “vibraciones” de su psiquis. No fueron diez minutos. El tema evolucionó en un contexto unificado y panorámico, hacia los conceptos de belleza, arte, ciencia, técnica, progreso. No hubiera podido faltar la cibernética. Su fascinación científica, por sus avances en todos los campos.

“La cibernética será la clave de un fabuloso e inmediato desarrollo que ahora apenas sí sospechamos”.

Tantas veces me he sumergido en conversaciones interesantes para mí, pero casi siempre acabo de cometer el pecado de exponer mis ideas creyendo dominar una audiencia que tal vez me consideraba menos preparada que otro circunstante, y por lo tanto, ridículo. Luego siempre me remuerde la conciencia social, y me avergüenzo. Pero Elías me dejó limpia de todo pecado. Las charlas florecían, de repente, en cualquier encuentro. Y sus palabras eran siempre frescas, sus criterios novedosos, frente al usado vestuario de ideas que los demás despliegan. Por eso ante él, yo callaba siempre, yo escuchaba, yo era humilde y sencilla porque si él todo lo decía, yo no tenía que decir nada.

Y él era alegre. Serio y profundo en sus pensamientos, pero alegre en sus actitudes, caluroso en su trato. Por eso su optimismo por el futuro de la humanidad. Todo lo conceptuaba en alegría. Y era alegría también en la comunicación relacional. El ejercía el valor feliz del hombre en la comunidad social. Por eso sus actividades: La reunión sencilla, la fiesta, el diseño para el desfile, el proyecto para el área de diversión pública... (con su fuente...!).

Nunca conocí a nadie tan consciente de la felicidad del ser humano, a nadie que diera testimonio como él, del sabor grato de la vida, de su gratitud, de ahí su gratitud, por cada instante de vida que sabía disfrutar, en él, en los demás y en la naturaleza.

Amante de la vida —enamorado de todo ser viviente: del hombre, del cachorro, del árbol. El era el oficiante de cuanto exhalara expresión vital. La voz humana, el movimiento, la luz, el agua, las formas escultóricas, la representación pictórica, las estructuras habitables, el desarrollo urbano, la vivienda y el ámbito del hombre.

La vida era para él el más maravilloso de los regalos al ser. Y después me enteré de que él ya sabía que...

Por 5 años, ya lo sabía: Sabía que se le escapaba la vida antes que a nadie. Y lo sabía también Miriam, y los veíamos sonreír juntos en todas partes. Cómo tuvieron el valor? Yo, en estos momentos, sobre estas líneas, tengo apretada la garganta. Y no se trata de mí misma, no estoy yo conminada... Solo de pensar en ellos se me bloquea la expresión del rostro en un nudo de gestos tensos. Recuérdendo todos: Ustedes los vieron sonreír... y ya ellos lo sabían!

Cómo pudieron? Todos sabemos el secreto: es ese centímetro del que él me hablaba al principio: ese centímetro de estatura psíquica. El decía, mostrando los dos dedos separados como para reseñar una medida: “Esto, no más, lo separa a uno del suelo, a veces, de repente, y entonces uno puede flotar por sobre todo lo demás, y es capaz de trascender, intelectual o acocionalmente lo rastrero que se interpone al paso, y puede sobrepasar los obstáculos y realizar todo esfuerzo necesario” y añadía: “siempre hago contacto, establezco comunicación, con las personas que descubro sobre ese centímetro moral. Son pocas, pero las reconozco de inmediato, y un solo intercambio con ellas me mantiene en altura: Hay que lograrlo”.

Notas

Yo también sé distinguirlas... a esas personas. Aun cuando yo no sabía que él sabía que... yo ya estaba segura de que él era la persona con el centímetro más alto y permanente que yo jamás hubiera encontrado.

Por eso él sonreía a pesar de que sabía que... que iba a morir!

Por eso estuvo firme y alto hasta el final. Y tal vez por eso se fue. Viajó hasta el último centímetro. Dejó la vida aunque la amaba tanto, porque se elevó más que la vida misma.

EN EL CENTENARIO DE MONSEÑOR FRANCISCO CRISTOBAL TORO

Por Miguel Martínez

Santa Fe de Antioquia, la ciudad plena de nobilísimas glorias maternas, debe señalar con piedra blanca, como las nieves de diciembre, esta fecha conmemorativa del 8 de abril de 1869, y alborozada, echar a vuelo el embrujo de sus campanas navideñas para arrullar la cuna de una de sus mayores glorias, surgida del patriarcal, esclarecido hogar formado por don Manuel Antonio Toro y doña Felicianita Correa y cuyo nombre inmortal se presenta aureolado de santidad: Francisco Cristóbal Toro.

Creció en medio del hogar, respirando ese ambiente puro, recibiendo de sus padres los más severos ejemplos de virtud, abriendo su corazón desde un principio a todo sentimiento noble, y aprendiendo de los labios maternos las primeras lecciones, esas lecciones que, grabándose en el alma tierna del niño, permanecen allí para siempre, en medio de ese vaivén incesante de la vida, lecciones benditas que en medio de los más oscuros extravíos del hombre, conservan todavía fuerza e influencia suficientes sobre su corazón, para traerlo al buen sendero, lecciones, en fin, que nosotros llamaremos, parodiando al poeta: "la planta parásita del hombre que, aun seco el árbol, su verdor conservan".

Después de las lecciones aprendidas en la escuela privada de su abuela materna, "la maestra Chépita", entra a la escuela pública de la ciudad, sin abdicar sus padres, naturalmente, sus derechos de vigilancia y corrección.

Tiempo ya de continuar los estudios secundarios, el joven Francisco Cristóbal pasa al Colegio Seminario de San Fernando, el célebre plantel fundado, en 1836, por el obispo Gómez Plata; lo regenta el doctor José María Martínez Pardo. Es el año de 1882.

En 1887, el ilustrísimo señor obispo de Antioquia, doctor don Jesús María Rodríguez, viaja a Roma a hacer la visita ad limina, y lleva en su compañía al joven Toro, para que ingrese en el Colegio Pío Latino Americano. Allí hace muchos adelantos en las ciencias eclesiásticas, bajo la dirección de sabios y eminentes profesores.

En diciembre de 1892 recibe el subdiaconado; al año siguiente el diaconado; y en 1894 asciende al presbiterado, órdenes que le fueron conferidas por el Eminentísimo señor Parrocchi, cardenal de la Iglesia romana y Vicario de Su Santidad León XIII.

Permaneció algún tiempo en Roma hasta recibir el título de doctor en filosofía y luego el de teología en la Universidad Pontificia Gregoriana.

En 1896 regresó a su ciudad natal. El señor doctor don Juan Nepomuceno Rueda, obispo de la diócesis, lo nombra cura de Concordia; luego, en 1898, es

Notas

ascendido a canónigo de la Catedral, y nombrado vicerrector del Colegio Apostólico, que regentaba el canónigo doctor Juan Bautista Herrera.

En 1903, el ilustrísimo señor doctor don Manuel Antonio López de Mesa lo nombra su secretario, y luego lo designa como vicario general de la diócesis.

Muerto el señor López de Mesa, el 15 de mayo de 1908, el canónigo Toro es elegido vicario capitular. Con este carácter, en 1909, asiste a la Conferencia Episcopal, reunida en Bogotá por voluntad del gran Pío X. Actúa como secretario, en asocio del ilustrísimo señor doctor don Ismael Perdomo. Allí luce sus galas de erudición teológica y canónica y sus dotes de gobernante.

El 18 de octubre de 1910 es preconizado para obispo del Socorro, y el 4 de junio de 1911 recibe la consagración en la Catedral Basílica Primada, de manos del arzobispo señor doctor don Bernardo Herrera Restrepo, con asistencia de los señores obispos don Moisés Higuera y don Ismael Perdomo. Actúan como padrinos los señores don Marco Fidel Suárez, don Luis María Isaza y doctor Antonio José Uribe.

El 27 de junio siguiente hace su entrada en la ciudad del Socorro, y toma solemne posesión de su diócesis.

En 1913 asistió a la Conferencia Episcopal, reunida en Bogotá. En ella propuso la organización de una peregrinación colombiana a Roma, con motivo del Congreso Eucarístico de Lourdes, peregrinación que él presidió.

En agosto de dicho año vino a su ciudad natal a ver a su anciana madre y familiares. Entonces le tocó asistir a los festejos celebrados con ocasión del primer centenario de la independencia de Antioquia.

El 16 de diciembre del mismo año fue trasladado a la histórica diócesis de Santa Marta. Se hallaba en la ciudad de Antioquia y, desde ella, dirigió a sus nuevos feligreses el 4 de marzo de 1914, su primera pastoral.

El 30 de marzo de este último año tomó solemne posesión de su diócesis.

A su regreso de Roma, finalizada la peregrinación que presidió, al Congreso Eucarístico de Lourdes, el señor obispo Toro se dedicó a la organización de la diócesis de Santa Marta. El seminario, las misiones, los ejercicios del clero, las visitas pastorales, a todo atendía el prelado, con todo su celo pastoral. Asistió, en octubre de 1916, al Concilio Provincial de la provincia eclesiástica de Cartagena, que convocó el ilustrísimo señor arzobispo metropolitano, doctor don Pedro Adán Brioschi.

El 8 de febrero de 1917 fue trasladado, por breve de Su Santidad Benedicto XV, a las diócesis unidas de Antioquia y Jericó. Esta última sede había sido erigida por el mismo Pontífice el 29 de enero de 1915.

El 8 de junio de 1917 el señor obispo Toro hizo su entrada, en medio de la más suntuosa recepción, en la ciudad de Antioquia, capital de la diócesis. Tomó solemne posesión, ante el V Capítulo Catedral, el 15, festividad del Segrado Corazón de Jesús, devoción predilecta del prelado antioqueño.

El 15 de agosto del mismo año, festividad de la Asunción de Nuestra Señora, tomó posesión de su diócesis de Jericó. El prelado dio principio con empeño a organizar esta nueva diócesis.

Por la Bula "Quod Catolicae" de 5 de febrero de 1917, S. S. Benedicto XV creaba la Diócesis de Santa Rosa de Osos.

Grave cargo y espinosa corona se le imponía a monseñor Toro. Con su propia alma amargada por tantas injusticias, por el dolor de encontrar despedazada su querida diócesis, en acatamiento a la voluntad del Supremo Pastor, venía, como ángel de paz, a sembrar consuelo y a sembrar confianza en los espíritus, a

Notas

apagar la hoguera de ardientes pasiones y curar dolorosas heridas, a conservar la existencia de la antigua sede y velar por la prosperidad de la que apenas comenzaba la vida.

La historia de todo pueblo que se precie de grande, la semblanza de todo hombre que ocupa sitio entre los inmortales ha sido siempre fundida en el crisol purificador del sacrificio. Para resplandecer con los fulgores del Tabor es preciso pasar antes por los tormentos redentores del Calvario.

A la labor de organizar su diócesis de Antioquia, pobre y reducida, se consagró el señor Toro con todas sus energías y todas sus luces. Mantuvo el esplendor del culto de la Catedral, a la manera como le fue posible; los decretos y circulares se sucedían con rapidez, las prescripciones y comunicaciones a los señores curas se multiplicaban.

La sólida preparación canónica del santo prelado, unida al respeto por las normas disciplinarias de la Iglesia, fueron la causa de que sus diócesis se orientaran sobre bases de organización absolutamente ajustadas a las leyes de derecho eclesiástico.

Sonó la hora de la justicia y del triunfo. El 8 de diciembre de 1941, fiesta de la Inmaculada, Patrona de la Catedral, se daba promulgación solemne a la Bula "Universi Dominici Gregis", de 3 de julio del mismo año, por la cual S. S. Pío XII separaba las diócesis de Antioquia y de Jericó. Diez días después, cuando se conmemoraba el IV centenario de la primera misa en el extenso territorio antioqueño, el representante de Su Santidad, Monseñor Carlos Serena, oficiaba en la Catedral que, por Breve del mismo Pontífice Pío XII, de 21 de marzo ejecutado ese mismo día, era elevada al rango y primacía de Basilica Menor. También el presidente de la república, Doctor Eduardo Santos, se hacía presente con el honor de la Cruz de Boyacá decretada para el obispo de Antioquia.

Así, el señor Toro continuó más en firme la organización de su sede. Dictó importantes decretos por los que reglamentaba la administración temporal, las conferencias teológico-litúrgicas, etc.; nombró empleados de la Curia; erigió canónicamente el Seminario Conciliar "Santo Tomás de Aquino", que comenzó a funcionar el mismo año con un lujoso personal, y confirió las primeras ordenaciones en el nuevo Seminario.

Temeroso, y no sin razón, de que posteriormente su sede pudiera recibir nuevo golpe por falta de recursos económicos, gestionó, ante los poderes centrales con eficacia, un aporte con ese fin.

Qué bien ciñó sus sienes la mitra de los Pontífices de la Iglesia. Su personalidad imponía desde el primer momento dominio espiritual. Con su presencia imponente y noble, revestido con los atavíos pontificales, llenaba la catedral; su rostro de fisonomía ascética; frente amplia y bella; ojos de mirada profunda y penetrante; labios finos contraídos que denotan al varón de voluntad firme. El obispo del Corazón de Jesús plasmó su obra en el mandato del Salvador Divino a sus Apóstoles, columnas de la Iglesia primitiva, sus sucesores en el tiempo y en el espacio: Id y enseñad a todas las naciones.

Enseña con la palabra y con el ejemplo, adoctrina a los fieles desde la cátedra sagrada. Como orador, sus páginas se expresan en impecable prosa castellana. Admira en ellas la vasta erudición escriturística del prelado que plasmó su episcopado en las palabras del Maestro: Adveniat regnum tuum. Profusas y apropiadas citas de los Libros sagrados y de la patrística esmaltan sus obras. Sus luminosas pastorales, en las que el sabio prelado desenvuelve temas dogmáticos

Notas

de suma importancia, ostentan la rigidez doctrinaria, la solidez de razones, y la admirable claridad en que está expuesta cada una de las tesis.

Miraba ya los encantos de la tierra prometida.

Y era en la mañana del 16 de noviembre de 1942. El eco lento, adolorido, de la campana mayor en la severa torre, llegaba al corazón de Santa Fe de Antioquia: acababa de expirar el obispo Toro.

—Euge! es la voz de la parábola amorosa que oye en el cielo su alma blanca, que en el goce eterno así escuchaba de los propios labios de su Creador la dulce y consoladora expresión evangélica: ¡*ea* siervo bueno y fiel, entra en la dicha eterna de tu Señor!

DOS GLOSAS DE ACTUALIDAD

Por Gabriel Henao Mejía

Está de moda la protesta: la canción-protesta, la misa-protesta. La consigna permanente es la protesta. No importa el motivo, no hace falta la circunstancia, el medio y el sitio pueden ser cualesquiera. Lo importante, lo esencial es protestar contra alguien, contra algo, contra todo o sencillamente contra nada. Es un signo de la época y sobre todo un signo y consigna de ciertos sujetos que aspiran a relievase, rechazando, a hacerse notorios, negando. Es una especie de nihilismo a ultranza, de discolia sistematizada, de insurgencia pueril.

Se protesta contra el régimen establecido, contra “el sistema imperante”, contra los ricos, por ricos, y contra los pobres, por resignados. La protesta abarca y cubre los valores históricos, los propósitos actuales, los prospectos por venir. Se protesta por la guerra del Vietnam y se protesta porque no se hace la guerra a las naciones poderosas, que para los protestadores de oficio son una sola: los Estados Unidos, que es el gran pa-ga-los-platos-ro-tos de los años presentes. Claro que hay una amnesia reiterada, complaciente y sospechosa que no tolera la protesta por la invasión de Checoslovaquia o por la persecución y acallamiento de los escritores rusos o por las mil y una diarias vejaciones que desde Cuba hasta China se irrogan a la libertad.

Alguien dijo certeramente: “Las revoluciones que se hacen únicamente “contra” el mundo existente se hacen inevitablemente en sentido opuesto, es decir, a su imagen. Y el pensamiento revolucionario del género que se juzga realista y científico, para el cual el porvenir arranca inevitablemente, y por evolución ineludible, de los males del presente y del pasado, es un pensamiento revolucionario en que las virtudes del mañana consisten meramente en la falta de los defectos de hoy. El hombre que vive bajo la explotación sueña con que llegará el día en que cese. Pero también el hombre que vive sufriendo los dolores de una herida sueña con que llegará el día en que no los sienta. No obstante, la ausencia de dolor, como la experiencia ha enseñado a casi todos los hombres, no es lo mismo que la presencia de placer”.

Y así siguen los titulares de la protesta en su empeño iconoclasta, anarquizante y proditorio. Crucifican el buen gusto con sus andanadas, sacrifican la literatura con su léxico chabacano y ramplón, fabrican una literatura de alcantari-lla que felizmente no alcanzará ni la consagración antológica ni la memoria del inmediato porvenir. Estos sujetos protestadores abusan —hasta de Cristo!— para

invitar a la revuelta, se parapetan —hasta en los púlpitos!— para predicar el odio, recurren —hasta a la calumnia!— para fundamentar sus planes asoladores.

Y concluyamos con una cita muy actual, esta glosa admonitoria: “En épocas normales resultan a menudo interesantes y agradables los artículos, los libros y los discursos que lanzan contra las ventanas del mundo cualquier cosa que tenga el peso suficiente para romperlas. Pero en años como éstos se pide algo más. Se pide que la destrucción implique un propósito en que se pueda creer. Se pide una verosímil descripción de algo mejor para el porvenir. Y cuando en vez de ofrecerla se comete una especie de fraude intelectual, cuando las promesas proféticas de un mundo mejor, implícitas en la condena del existente, no se realizan, el resultado es una sensación de apagamiento, de desilusión, de derrota. El preámbulo, la instigación a la rebelión, puede ser tan persuasivo como se quiera. Los considerandos pueden estallar como bombas de trinchera. Las detonaciones pueden ser soberbias. Pero si el resto es una estupidez y si el mundo se entera de que la gloriosa victoria por la cual se ha de luchar es esa desilusión, el sentimiento de desaliento puede convertirse en repugnancia. No basta con decirle a un hombre que después de tanto sufrir tantos años puede al cabo, como recompensa final, colocar una losita blanca que entierra el pasado”.

La Iglesia “sufre por el impaciente, crítico, indócil y demoleedor levantamiento de tantos de sus hijos, los favoritos —sacerdotes, maestros, laicos dedicados al servicio y testigos de Cristo viviente— contra su autoridad, su insustituible principio de verdad, de unidad, de caridad, y contra sus exigencias de santidad y sacrificio”, afirmó dolidamente el Papa en recientísima ocasión.

Pero la Iglesia se debe alegrar —decimos nosotros— al comprobar que frente a tantas deserciones eminentes, la grey católica sigue cosida, apegada, rendida —con su fe sencilla y cordial— a las normas cristianas, a los ritos eclesiales, al magisterio de Cristo y sus Vicarios. La muchedumbre del pueblo de Dios no mengua, no desfallecer, no vacila en su participación viva y practicante de la historia presente de la Iglesia.

Un río humano que crece y cree se desbordó estos días por todos los ángulos de la geografía universal, para testimoniar sin reticencias ni distingos, sin reatos ni sospechas, su fe íntima en Dios, su apego sereno y maduro a la doctrina, su sincera capacidad de recogerse y de orar.

Cuando otros, con menguadas razones, abandonan su encargo ministerial, desertan de su vocación divina, se desembarazan de su sagrada encomienda, el pueblo de Dios, alegremente, con confianza y seguridad, pregona su fe, da testimonio de su obediencia, mantiene vivo el afecto por la liturgia, se hace responsable y responsable del momento, del acto, de la idea cristiana.

Ni el hambre física, ni el hambre de saber, ni el hambre de techo y arropamiento, de regocijo y salud que tantos padecen; ni la persecución, la vejación y el exilio que sufren muchos; ni la guerra y la desolación que soportan hartos; ni esa suma y retablo de zozobras y angustias que agobia y crucifica a la humanidad presente, ha sido bastante —y esa sí razón en cierta manera de disculpa para la duda y la fuga— a que la grey católica abandone sus deberes religiosos, se desate de su misión espiritual, se desatienda del alma y sus atributos superiores.

Antes, por el contrario, tales padecimientos y pesares han sido acicate para buscar a Dios y en Él el cambio de tantas penas, la esperanza por sus hondos

anhelos de mejorestar, el desvelo por mejores días venideros, el ansia —ni sote-
rrada ni violenta— por un mundo mejor.

El Papa ha dicho reiteradamente su dolor por la deserción y rebeldía de algunos sacerdotes y se lo ha contado abiertamente al pueblo, porque sabe que éste mantiene imperturbable su devoción a Roma, a la Iglesia, a Dios. Esas muchedumbres que hicieron para el Pontífice inolvidable a Colombia, son las mismas que en todo el mundo oraron y confesaron su fe en estos recientes días santos y dieron testimonio una vez más de que las fuerzas del mal no prevalecerán, y que la crisis actual —signo de vida indudablemente— no progresará, porque hay una ancha y dura base de pueblo creyente que no trepida, que no se desatiende, que no merma en su vocación. Son las mismas que tras el “telón de hierro” enfrentan su fe a la campaña del ateísmo sistemático; son las mismas que en Occidente no se rinden al hedonismo ambiente y al materialismo impaciente; son las mismas que en Africa y en Asia ponen barreras de fe al hambre y a la revolución. Y son las mismas que en esta América nuestra han demostrado ser superiores a los pocos pastores que no fueron dignos de su jerarquía.

“No ceder al temor, al desaliento, al escepticismo, o aún peor al mimitismo que hoy, mediante la influencia de los medios de comunicación social, están haciendo estragos en tantas almas débiles y fácilmente impresionables y a veces inclusive en algunas jóvenes y fuertes”, ha pedido el Pontífice, y el pueblo católico ha sabido y sabrá responder a su anhelante deseo, a su excitación angustiosa, a su pedido clamoroso y reiterado para que no se siga crucificando a la Iglesia.

LEON FELIPE Y SUS ANTINOMIAS

Por Carlos E. Mesa, C.M.F.

Se llamaba León Felipe Camino. Y en nombre y apellido llevaba un sino y un impulso. De león tenía la rebeldía y el rugido; de camino, el errabundeo. Nació en 1884 y se graduó en farmacia. Durante algunos años fue actor. Más tarde ejerció su profesión en las tierras de la Alcarria y en la Guinea Española. Militante de la república, escogió el destierro, a la hora en que los ejércitos de Franco ganaron su patria palmo a palmo. Fue profesor de castellano en universidades de Panamá, Estados Unidos y finalmente de Méjico, en donde encontró, hace poco, el reposo definitivo.

Se le sitúa entre los grandes poetas españoles de entreguerras. Su primer libro poético “Versos y oraciones del caminante” es de 1920, cuando la crisis poética, abierta con la extinción del modernismo, busca salidas y cauces en la voz de incontables poetas. Se intenta crear un arte nuevo, destruyendo, si es preciso, los valores que vienen desde la remota antigüedad. Quisieron, en poesía, prescindir del ritmo, de la rima, de la estrofa y a veces hasta de la gramática. Fue precisamente León Felipe quien lo dijo: “Deshaced ese verso; / quitadle los caireles de la rima / el metro, la cadencia / y hasta la idea misma. / Aventad palabras, / y si después queda algo todavía / eso / será la poesía”.

De cumplir literalmente la consigna de León Felipe se hubiera llegado al vacío; pero cuando se dispone de emoción y de palpito, como en el caso de León Felipe, se desemboca en logros maravillosos. La poesía de entreguerras, para la

Notas

que todavía no se ha inventado una etiqueta justa y apropiada, cumplió según Díez-Roca, una doble misión: liquidar el modernismo en lo que tenía de retórico y convencional y suscitar exigencias de depuración en la idea, el sentimiento y la externa frondosidad.

Tal fue el hallazgo, ésta la conquista de León Felipe Camino. Su lírica es desnuda, intensa, libre en la configuración formal. En versos cortos dice cosas de una impresionante sinceridad, de una originalidad que conmueve. "Qué importa que la estrella esté remota / y deshecha la rosa? / Aún tendremos / el brillo y el aroma...".

En 1939 —año de la victoria franquista— aparece el libro "Español del éxodo y del llanto". De entonces son estas palabras desgarradoras, muy creídas y sentidas por él, aunque no muy atentas a la realidad: "Hay dos Españas: la del soldado y la del poeta; / la de la espada fratricida y la de la canción vagabunda. / Franco: tuya es la hacienda, la casa, el caballo y la pistola. / Mía es la voz antigua de la tierra. / Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y errante. / Mas yo te dejo mudo, mudo. / Y cómo vas a recoger el trigo y alienta el fuego / si yo me llevo la canción?". En realidad, en el exilio se han levantado voces españolas que no han de extinguirse. Los poetas del exilio se trajeron la nostalgia, el llanto y la canción. Pero también es verdad innegable que en España ha florecido en estos últimos lustros una primavera de poesía que ha hecho pensar en una segunda edad de oro de las letras castellanas. Años después de su arrogancia: Yo me llevo la canción, León Felipe al conocer las voces de los poetas que se quedaron en la casa paterna, en la vieja heredad, confesó paladinamente, porque fue hombre de una terrible sinceridad: "Fue un triste reparto caprichoso que yo hice entonces para consolarme. Nosotros no nos llevamos la canción. Vosotros os quedásteis con todo: con la tierra y la canción".

No es rara la honesta rectificación en este español afirmativo y de línea recta. Se percibe, incluso, en su actitud religiosa y por lo mismo, en su lírica manifestación. "Yo soy el poeta blasfemo" dijo León Felipe. Soy el poeta maldito. Pero terminó confesando que la poesía es esencialmente religiosa, como lo sostenía en Colombia el eminente Don Miguel Antonio Caro.

En sus últimos días, León Felipe dialogó sabrosamente con el sacerdote Senén Mejic, amigo suyo. Ved aquí algunas de sus confidencias.

—La poesía es —y ha sido siempre una confesión. Cuando expreso alguna cosa, aparentemente la digo a los hombres, pero realmente es para Dios. Todo lo que he dicho en mi poesía es una confesión. Confesión de mis pecados. El hombre me oye; pero Dios, minuciosamente, conoce mis culpas.

Ya lo había dicho en uno de sus poemas: "Y tengo que dejar todo esto escrito aquí? / Lo dejaré como un pecador que escribe sus pecados / y se los dice a su hermano avergonzado... / Pero si Dios lo sabe todo! / Mas yo debo pensar que Dios no sabe nada". En la última afirmación no hay blasfemia: es sencillamente la actitud del que debe llegarse a la confidencia espiritual con ánimo de no ocultar sus dolorosas experiencias, aunque ya Dios las conozca.

—En mis poemas más blasfematorios —prosigue León Felipe— hay un vínculo religioso muy apretado. Mis poemas son un amarre entre Dios y yo. Y Dios me jala precipitadamente.

Senén Mejic aprovecha la oportunidad para preguntarle: Desde cuándo vienen buscando a Dios?

—Desde la infancia. Mi padre fue un hombre muy católico. A mí, sobre todo, me inculcó esa religiosidad. Pero después viví una vida de pecador. Una vida

peor o igual que la de San Agustín. Horrible aquello! Luego ocurrieron hechos y circunstancias en mi vida que me cambiaron en un desconocido.

Tal vez aluda a sus peripecias de militante de una ideología política, de poeta andariego y nostálgico, de español desterrado y añoradizo. Actualmente, le urge Mejic, ¿dónde buscas a Dios? León Felipe le da al amigo una mirada fulminante; pero responde:

—En la protesta. Desde la guerra española se ha acentuado mi rebeldía. Pero sin odios. Yo siempre cuento con Dios. La actitud de la derecha y sus sacristanes fue creer que ellos eran únicamente los que representaban a Dios. Para la derecha, los hombres del partido de la república eran unos bichos insignificantes, sin Dios. Pero yo afirmo que Dios es de todos: es mío, es de mi enemigo, es de mi amigo. Creo acercarme aceleradamente hacia Dios. Yo me dirijo a Dios por medio de una manera muy mía: rebelde, humilde, violenta, sosegada y hasta cruel por los dolores de mi alma.

Hay que recibir con emoción estas confesiones tan directas y tan sinceras. En otras circunstancias y en plan de diálogo que admitiera la réplica y la contraréplica, podría uno matizarle afirmaciones y citarle al poeta muy dolorosas y expresivas estadísticas de esa contienda que en España hubo entre derechas e izquierdas. Pero está hablando un poeta dolido y contrito y solo debe quedarnos el regocijo fraterno de su acelerado acercamiento a Dios.

Entre los poemas religiosos de León Felipe hay tres que de manera especial me conturban el alma: "La cruz", en donde él dice: "Uno se va y vuelve a decir las viejas palabras rutinarias. / No hay palabras nuevas: la vieja canción es la eterna canción: / Padre nuestro que estás en los cielos; / nada se ha inventado sobre la tierra más grande que la cruz. / Aquí cabe crucificado nuestro Dios". El otro poema inolvidable es el que tituló "He llegado al final": "Si pudiese empezar otra vez calladamente / diciendo: Yo me confieso, Señor.... / Ten misericordia de mí...". Y por último, el grito desgarrador que se llama "Perdón": "Voy olvidando; / pero quiero que la última palabra, / pegadiza y terca, / que recuerde al morir, / sea ésta: Perdón!".

Senén Mejic, sacerdote de Cristo, estuvo a la cabecera del poeta moribundo y celebró una misa ante su cadáver. El español del éxodo y del llanto había encontrado la patria de arriba que es la patria verdadera.